

EL SABIO, COMO PROYECTO DE VIDA, SEGUN SENECA M.A. FATIMA MARTIN SANCHEZ

Toda época histórica ha desarrollado un proyecto ideal de vida y lo ha encarnado en hombres concretos, que de alguna manera lo vivieron. La historia de la literatura y del pensamiento occidentales, a medida que fue elaborando los diferentes sistemas de valores sobre los que el hombre organizaba su vida, fue diseñando diferentes imágenes de la persona que los realizaba. La figura del hombre ideal se transforma con el paso del tiempo y sus rasgos cambian según los sistemas de valores vigentes en cada época. El héroe constituyó el ideal humano de los períodos arcaicos de los pueblos. La Roma republicana prefiere al *cives romano*. El Cristianismo medieval ve realizado el ideal de perfección en el santo. El Renacimiento sustituye a éste por el humanista o el cortesano. El pensador agudo e ilustrado provoca la admiración de los salones dieciochescos. La civilización moderna, por su parte, industrial y organizada en colectivos, admira al científico y al tecnócrata. Tras las metamorfosis del hombre ideal, sin embargo, se mantienen una serie de constantes en su figura: es quien descubre un sentido profundo para la vida, quien es aceptado como modelo por sus contemporáneos, quien realiza de modo pleno su libertad, quien goza de prestigio y, de modos diversos y a veces opuestos, disfruta de una vida feliz.

La cultura literaria helenístico-romana construyó también su figura ideal del hombre: el *sabio*, en la que acumula aquellos rasgos que para los escritores de la época integraban el ideal de perfección: poseedor de la verdad, inmortal, dominio de sí mismo, imperturbable, autárquico, libre, generoso, clemente, sobrio, humano, impasible, constante, apacible, virtuoso, feliz, divino... Todas las corrientes filosófico-literarias de la época helenístico-romana nos hablan de ese *sapiens* y su figura se convierte en algo familiar para la cultura del mundo clásico. Estuvo en uso en las escuelas antiguas la costumbre

de exaltar e idealizar al fundador de cada una, convirtiendo su vida en modelo de perfección y en ejemplo a imitar por los seguidores de sus doctrinas. El sabio es quien ha descubierto y quien practica un estilo de vida que goza de alto aprecio y que es aceptado como modelo a seguir por sus contemporáneos. A pesar de que el sabio, según se dice a veces, es "rara avis", pronto una serie de hombres son mitificados por la leyenda: Sócrates, Epicuro, los siete sabios de la antigua Grecia, etc. El estilo de vida de los mismos, transmitido en narraciones donde la leyenda acaba sustituyendo a la historia, se muestra más elocuente a los hombres que las áridas elucubraciones morales de los pensadores. En la Roma republicana e imperial, dos figuras de *sapiens* se disputan el liderazgo del *magisterio moral*: la epicúrea y la estoica. Entre ambas existen rasgos comunes. Pero mantienen también diferencias marcadas. La fundamental, quizás, es la de que el sabio epicúreo centra su ideal de vida en el placer selecto y en la amistad; el sabio estoico prefiere, por el contrario, centrar la perfección en la virtud y en la adecuación de la conducta a la razón.

Séneca no es original al diseñar su imagen ideal de hombre. La figura del *sapiens* que nos llega, aparece vinculada a la mejor tradición estoica, si bien la reelabora con matices procedentes del peculiar talante romano. El ideal humano de la sociedad romana es más sensible a estímulos procedentes del mundo, que le rodea, y más vulnerable al afecto y a las pasiones que el sabio impertérrito de la ortodoxia estoica. De ahí su mayor interés por lo práctico y su mayor realismo político-social. Para Séneca el *sapiens* no es una quimera. De entre los ejemplos históricos a imitar, selecciona no tanto al erudito, al excéntrico o al rico en doctrina sino al hombre que ha vivido con honradez y valentía su vida de ciudadano. Por eso en lugar de buscar ese ideal de hombre entre los fundadores de escuelas filosóficas, prefiere hacer memoria sobre la historia del pueblo romano y encuentra en ella una figura legendaria, que admira: la de Catón. En él descubre Séneca la encarnación de la bondad, del valor y de la honradez. El recuerdo de Sócrates permanecía, sin duda, vivo en la memoria de los griegos y romanos del imperio. Por su figura aparecía demasiado lejana y mitificada por la leyenda. Por eso Séneca trae reiteradamente a cuento el nombre de Catón y es éste el modelo de vida y de muerte que presenta con preferencia a su discípulo Lucilio.

La sabiduría del *sapiens* senequiano es más un talante y un estilo de vida que una profesión o actividad teóricas. Séneca es consciente de ello cuando escribe en una ocasión a Lucilio, que la conversación y la vida en común entre maestro y discípulo aprovechan más que los discursos escritos. Esa sabiduría centra el modo de pensar y la forma de vivir del hombre perfecto. Es el distintivo del sabio y lo que le diferencia de los necios. El camino que conduce a la sabiduría es doble: por una parte, la adquisición de la verdad mediante la meditación; por otra, el progreso en el dominio de sí mismo mediante la práctica de la virtud. La sabiduría no es algo innato al hombre sino algo que éste ha de conquistar con el esfuerzo. La perfección del *sapiens* se corresponde con el desarrollo de las virtudes de la naturaleza racional del hombre. La actividad del sabio dedica tiempo largo a la contemplación. La vida se sustenta sobre la verdad y ésta es componente básico de la sabiduría. Entre los temas prioritarios de esa búsqueda de la verdad está la reflexión sobre sí mismo. Esta preocupación del *sapiens* por la verdad es descrita por Séneca en las Cartas 31 y 117, entre otras. En la primera, Séneca identifica el bien con la sabiduría y el mal con la ignorancia. "¿Qué es el bien? La ciencia de las cosas. ¿Qué es el mal? La ignoran-

cia de ellas". Y en la segunda nos dice: "*sapientia habitus perfectae mentis est; saepe, usus perfectae mentis*". Pero unas líneas antes ha escrito: *la sabiduría, en cuanto alma perfecta o conducida al grado más elevado y excelente, es el arte de la vida*. La sabiduría estoica no se reduce a mera teoría o mera praxis. Es conjunción armoniosa entre acción y contemplación. Es la sabiduría que genera el *otium* fecundo de quien cree en la eficacia práctica de la verdad. Por eso el deber del *sapiens* tiende a lograr la coherencia entre las palabras y las obras. Y por eso en la sabiduría marchan de la mano la verdad y la virtud.

La sabiduría como forma de vida implica reflexión sosegada sobre la verdad de las cosas y compromiso en la realización de las mismas. El *sapiens* ni es un excéntrico evadido en la meditación ni un intelectual al servicio del poder. En el ideal de vida que practica se concilian y coexisten armonizados por la razón el *bios theoretikos* de los antiguos griegos y el compromiso social del ciudadano romano. Para el sabio, tanto el ocio de que disfruta como el activismo que ejerce están al servicio de la razón y de la armonía que ésta crea. La acción y la contemplación se complementan y exigen recíprocamente. Séneca aprecia el vivir retirado de los epicúreos, el *secessus* o tiempo para el asueto, que él califica de *otium* fecundo y en el que el sabio sirve a la república universal, reflexionando sobre la virtud y el bien de sus conciudadanos. El cordobés, de modo similar a como él supo transformar su forzado destierro en ocio productivo a través de la lectura, el estudio y la meditación, que le capacitaron para desempeñar posteriormente cargos públicos de alta responsabilidad, aconseja a su discípulo Lucilio sacar tiempo para la reflexión. Esta es una de las modalidades de poseerse a sí mismo y de eliminar las cosas que enajenan. Incluso para que el hastío no aburra, es necesario el estudio y la meditación. Respecto al desempeño de cargos públicos, el sabio estoico adoptaba una posición más matizada que el sabio epicúreo. A éste le estaba vetada la participación en los mismos. Aquél la aceptaba con condiciones. La aceptación o rechazo de los mismos depende de que perturben o no otros bienes mayores, tales la tranquilidad del ánimo o el ejercicio de la virtud. El sabio estoico debe evitar toda tentación de poder, que elimine su calma interior o que atente contra su autonomía de espíritu. Séneca exige que el hombre no quede esclavizado por el cargo, ni dañada su libertad o desequilibrado su ánimo.

Una bella palabra, **ensimismamiento**, expresa la necesidad que el sabio experimenta de vida interior, su centrar sobre sí mismo el proyecto de existencia que la sabiduría exige. Los escritores de comienzos de nuestra era, ante la creciente inseguridad social, el escepticismo generalizado y la degradación progresiva de las costumbres, coinciden en la misma recomendación: refugiarse en sí mismo, como último reducto donde la propia personalidad puede estar protegida. Esa preocupación y cuidado de sí mismo está exigida por la *οὐκ ἐξωθεν*, : realiza la propia identidad y evitar toda forma de enajenación. El ensimismamiento implica una consiguiente "fuga mundi". Renunciar a lo que no es uno mismo y que enajena al ánimo en aquellas cosas que le dispersan. Lo que enajena al sabio es lo que puebla la región de lo azaroso, irracional, caótico, disperso. Es lo que abarcan los negocios, los placeres, el trato con la turba, los favores de la fortuna, etc. El ensimismamiento exige la renuncia a ese mundo problemático en donde el hombre se pierde. Sólo esa liberación permitirá al sabio identificar la propia interioridad con el Lógos divino que construye la armonía del universo. El recogimiento interior crea el clima propicio para que el sabio dialogue consigo mismo y contraste su vida con la razón. Lo cual no quiere

decir que el sabio practique una vida de excéntrico o marginado. El *sapiens* cínico, versión clásica de la contracultura, no tiene crédito ante los ojos de Séneca. El motivo por el que recomienda a Lucilio el recogimiento interior es porque así podrá prestar un servicio mayor y mejor a la sociedad. El aislamiento que Séneca recomienda adquiere a veces matices elitistas y aristocráticos. De ahí su repulsa de la masa. El cordobés aconseja huir de la muchedumbre, que deshumaniza y torna a los hombres avaros, lujuriosos y crueles. La filantropía que Séneca recomienda es un humanismo distante y selectivo, ausente de la demagogia y de las concesiones a los gustos del vulgo.

El sabio vive en el cosmos y comparte la racionalidad y destino del universo. Este se reviste de rasgos y atributos divinos y consta de un principio material pasivo que es dinamizado por el *pneuma* o *logos* cósmico, que recibe también los nombres de providencia, razón, o *Fatum*. La razón cósmica confiere al mundo orden, legalidad, armonía y finalidad. Todo discurre según sus planes e inexorables decretos. En ese cosmos o naturaleza divinizada y regida por la razón providente parecería no existir lugar para el mal. Este, sin embargo, existe y el sabio se explica su existencia en razón de los bienes mayores a que el mal da ocasión: v. gr. el acrisolamiento de la virtud. El cosmos es el reino de la razón y de su ejecución por el destino. El hombre perfecto es aquél que conduce su vida en sintonía con el *Logos* universal y divino. Este es el *ἡγεμονικόν* arte más noble tanto del universo como del hombre. Es la medida de la virtud y de la felicidad y el principio que regula las pasiones y los afectos. Por eso el ideal de vida que el sabio programa no es otra cosa que un hecho de razón. Contrasta con ello el comportamiento del necio, quien se deja arrastrar por los vaivenes de la fortuna y permite que le seduzcan los estímulos del mundo externo. Se enajena así en el mundo de lo irracional y caduco en donde dominan las pasiones y el sentimiento. Frente al cambio y caducidad de las cosas de la fortuna, el *Logos* divino permanece inmutable y el sabio se une a él, contemplando el mundo como un conjunto de acontecimientos fugaces. Sometiéndose a los designios de la razón, el sabio comparte la verdad y voluntad del *Logos* divino. El, como los dioses, se sabe encadenado a las decisiones del destino, que ejecuta los decretos de la razón, si bien son decretos que él no rechaza sino que con agrado acepta.

Conciliar la necesidad que el *logos* impone, mediante el destino, con la libertad y responsabilidad del hombre, constituyó uno de los problemas más arduos de la tradición estoica. La razón divina providente impone sus decisiones de modo fatal e irreversible. Un mundo regido por la fatalidad no parece dejar lugar para la libertad. El sabio, sin embargo, cree salvaguardar su libertad ejerciéndola de modo sumo en el acto por el que convierte en propia la voluntad del destino. Su libertad consiste en la aceptación de la necesidad. Séneca acepta el dogma estoico referente al destino: "*ducunt uolentem fata, nolentem trahunt*". El sabio acata su destino y en ese acatamiento realiza el acto supremo de su libertad. Con ello adecúa sus comportamientos a la razón divina. Tal adecuación encauza la "conciliatio" del hombre con el mundo y genera la sintonía o armonía con él. El sabio es consciente de que las cosas que el hado ha predeterminado acaecieron, acaecen y acaecerán. Es consciente también de que ante el hado puede adoptar dos actitudes: oponerse ineficazmente a sus mandatos o acatar voluntariamente sus decretos. El sabio supera tal alternativa al preferir aquello que el destino dispone. La libertad es aceptación de la necesidad, *amor fati*, echarse en brazos de un destino que es para el sabio la suprema

liberación. La libertad consiste en obedecer al **Logos** divino, cosa que no puede ser interpretada como servidumbre a los dioses sino como identificación de voluntades con ellos. El **Fatum** estoico, es preciso anotar, no es la necesidad inexorable, ἀνάγκη, que arrastra de modo ciego a los hombres. Es la razón providente divina, que en Séneca adquiere rasgos personalizantes próximos al Dios cristiano, que cuida benevolentemente de los mortales y aún sometiéndolos a pruebas, siempre tiene en cuenta que sean conducidos hacia el bien.

El equilibrio interior del **sapiens** requiere fortaleza contra las arbitrariedades de la fortuna. Esa fortaleza y la abstención frente a los requerimientos de los favores del azar han quedado recogidos en la doble clásica fórmula estoica: **fortunae resistere** y **sustine et abstine**, ἀνέχου καὶ ἀπέχου. La fortuna es el rostro cambiante del **Fatum**, su aspecto caprichoso e incontrolable. La fortuna actúa como antagonista del equilibrio que persigue el sabio. Es la dimensión irracional del destino de cada uno y al que el sabio ha de oponerse por que perturba la racionalidad de la vida. Libra, por ello, un duelo constante con la fortuna, a la que logra vencer mediante el ejercicio de la virtud. Esta actúa de muro de contención entre las veleidades de la fortuna y la ecuanimidad del ánimo del hombre virtuoso. Los éxitos, que la fortuna depara, y los fracasos que proporciona, son una de las mayores servidumbres del necio. El sabio, consciente de ello, se refugia en la propia intimidad para soportar serenamente los envites de la fortuna voluble. Ese ensimismamiento, acompañado de virtud, ponen a resguardo la tranquilidad y la calma interiores. La justicia, la firmeza y la constancia son intocables para la fortuna puesto que pertenecen a la armonía establecida entre el sabio y la razón. Esa resistencia a las arbitrariedades de la fortuna queda reflejada en el célebre **sustine et abstine** estoico. Abstenerse de los estímulos del mundo y resistir las embestidas de la fortuna. El proceso para adquirir la perfección personal se desarrolla mediante una renuncia constante y una ascética de la voluntad. El sabio no se preocupa de que la fortuna le sustraiga aquello que en otra ocasión le concedió. Contempla con sosiego el ir y venir de las cosas, porque sabe prescindir de ellas. La parquedad en las necesidades: riqueza, comida, placer,... y la indiferencia ante las cosas: dolor, salud, muerte, enfermedad..., generan su mayor bienestar. La fuente de la felicidad del sabio es su desprendimiento de las cosas que la fortuna trae y lleva. Lo cual no significa que el hombre sabio, en su impasibilidad, sea insensible. El es sensible a la incomodidad. Su sabiduría consiste en que sabe resistirla y vencerla con el propio señorío.

Vivir en el cosmos y compartir su destino implica para el sabio tenerse que enfrentar con la posibilidad de la vida perpetua o inmortalidad y con la certeza de la muerte. El mundo está sometido a un proceso de degradación que culmina en la conflagración universal, de donde aquél vuelve a resurgir para repetir su marcha cíclica. Séneca se mueve entre dudas y vacilaciones cuando se pronuncia sobre la cuestión de la inmortalidad del alma. Más seguro, por el contrario, aparece cuando describe la actitud del sabio ante la muerte. Se ha llegado a decir, incluso, que los escritores de Séneca son, ante todo, una **meditatio mortis**. La vida y la muerte son enumeradas por Séneca entre las cosas "indiferentes". No son ni bienes ni males sino ocasiones para que el sabio ejercite su virtud, haciendo uso racional de las mismas. Para el **sapiens** la dificultad no reside en el morir, hecho que te da solucionado el destino, sino en el vivir. El día de la muerte es para él

el día en que se celebra el juicio definitivo sobre los actos de su vida. Sobre él aconseja meditación y aprendizaje constantes mientras se vive. De ese modo el sabio estará preparado para el último acto de la vida, que le conducirá a donde el destino decidió. El sabio transforma su muerte de objeto de temor en ocasión de liberación. Meditar la muerte es meditar la libertad. Quien aprende a morir, se ejercita en el ser libre. La muerte es la ocasión más propicia para escapar a las veleidades de la fortuna. En el momento de la muerte es cuando hacen acto de presencia todas las virtudes del sabio estoico: serenidad, fortaleza, desprendimiento, sumisión al destino, menosprecio de la vida, aceptación de la voluntad de los dioses... Existen, incluso, circunstancias determinadas en donde es aconsejable quitarse la vida como forma extrema de salvaguardar la libertad. El suicidio es contemplado como modalidad de liberación para el sabio, quien, en aquellos momentos adversos en los que pelagra la dignidad humana y el ejercicio de la virtud, prefiere salir de la vida a soportar una existencia indigna. Séneca evoca con frecuencia la muerte de varones preclaros: Sócrates, Catón, etc. y encuentra en ellas un ejemplo a imitar y un presentimiento de lo que será el propio fin. La muerte de Catón acompaña las frecuentes meditaciones sobre el tema en las cartas a Lucilio. En ella ve Séneca un testimonio altísimo de valor y de virtud. El filósofo cordobés, acusado por sus contemporáneos de descalificar sus doctrinas con su apego al poder y a las riquezas, encontró en la muerte socrática el modo de confirmar con hechos las palabras que dejó escritas. Con el ánimo apaciguado, imitando la muerte ejemplar de Sócrates, afrontó el trance supremo confortando a los amigos y ofreciendo libaciones a los dioses. Escenificación de la muerte socrática, por cierto, sobre cuya autenticidad no han faltado dudas.

La sabiduría presupone una adecuación total del hombre a la naturaleza y una incorporación a la misma en cuanto portadora de divinidad, razón, orden y armonía. La conducta del sabio acepta la naturaleza como ley suprema. Esa sumisión al orden y armonía del cosmos tranquiliza su ánimo, apacigua los movimientos irracionales del mismo y le permite ser independiente de todo lo que le rodea: *tranquillitas animi, apatheia, autarquia*, son situaciones que crean en el *sapiens* su sintonía con la ley de la naturaleza. La calma del ánimo se alcanza cuando la razón y la vida marchan a la par. Es el resultado de la posesión de la verdad y del ejercicio de la virtud. Mientras la extroversión y la diversión alejan al hombre de su ser más íntimo, la vida en armonía con la naturaleza en el retiro promueven la paz interior. Esto sucede cuando el sabio, sometido a la razón vive en armonía con la naturaleza. En esa situación su ánimo no está dominado por el *pathos* y la intranquilidad sino por la εὐτονία, armonía. Las pasiones desentonan respecto al orden que el *logos* instaura. La ausencia de las mismas permite, por el contrario, la sintonía con él, creando la armonía de la razón. Situado en esa tranquilidad del ánimo, el sabio no siente necesidad alguna y es, por lo mismo, autárquico, autosuficiente. El sabio se basta a sí mismo porque está en posesión del *logos* y de la verdad, de la virtud y de la felicidad. Sus necesidades están satisfechas y puede adoptar una postura indiferente ante las cosas que le rodean. Como Séneca hace decir a Estiipón de Megara en el *De Constantia sapientis*, "*omnia mea mecum sunt*". La autarquía afirma la suficiencia de la propia intimidad y la consiguiente autonomía respecto a todo lo que al sabio rodea.

El sabio, y Séneca pretende imitarlo, camina en la vida hacia una meta precisa: la vida feliz. A ella ha dedicado Séneca uno de sus más bellos ensayos. La vida feliz se al-

canza con la posesión del bien más precioso. Este, por su parte, ha de ser buscado en el alma, en la realización de lo razonable, de acuerdo con la *mens sana*, que fundamenta la paz y la concordia interiores. No existe felicidad sin verdad y sin juicio correcto. El hombre feliz es aquél en quien la razón pone acuerdo entre él y la naturaleza. El acuerdo con la naturaleza elimina las perturbaciones, dando paso a la **tranquilidad** del ánimo. Pero aquel bien más precioso no es otro que la virtud. Felicidad, sabiduría y virtud viven hermanadas. La sabiduría se identifica con la perfección moral y ésta con el ejercicio de la virtud. Mediante ésta, el sabio consigue realizar la propia interioridad, alcanza la autonomía, logra su liberación y vive en libertad. Y puesto que la virtud es algo divino, el virtuoso es un hombre divinizado por ella. La práctica de la virtud es una suerte de imitación de la vida divina, que comporta existencia feliz y gozo del bien supremo. La perfección ética que el sabio persigue, mediante el ejercicio de la virtud, no es algo que le venga dado por nacimiento sino algo que debe de ser adquirido mediante un permanente aprendizaje. El sabio no nace. El sabio se hace cada día con el esfuerzo y la renuncia. Esa vida virtuosa se concreta en el sabio en una conducta dominada por la moderación: frugal en las comidas, sencillo en el vestido, amante de la vida retirada, desinteresado por los placeres, indiferente ante los lujos, solícito ante las necesidades ajenas, etc.

Contemplada desde otra perspectiva, la vida feliz radica en la conformidad con la naturaleza o, con otras palabras, con la posesión de la propia identidad. La felicidad es fidelidad a lo que el hombre es. Felicidad, naturaleza y verdad son inseparables, dado que toda acción correcta ha de estar en conformidad con el Logos divino. El estoico idealiza en la figura del sabio, además de la virtud, la actividad contemplativa como ingrediente básico de su felicidad. Es bienaventurado no sólo quien practica lo bueno sino también aquél que sabe que lo bueno coincide con lo honesto. En la vida feliz tiene lugar una sintonía perfecta entre el pensamiento y la acción, entre la contemplación y la actividad. La vida feliz no consiste en acumulación de poder o riquezas ni en el gozo del placer. Carente de necesidades, en posesión de sí mismo y de la virtud, el sabio disfruta de la vida feliz, siendo rico en su austeridad, y libre en su servidumbre al destino. A esa felicidad corresponde la **tranquillitas animi**, arriba aludida, y a la que Séneca dedica otro de sus diálogos. En ella el ánimo se mantiene estable y disfruta de equilibrio y armonía. El sumo bien del que el sabio goza en la vida feliz no es otro que el orden de la razón, la libertad del destino y la concordia o **conciliatio** consigo mismo.

A veces se decía que la virtud era apetecida por el placer. Séneca rechaza esta tesis y la juzga indigna del sabio. La virtud es fin en sí misma, porque es el único bien. El sabio no hace nada por el placer. Busca la virtud, y si el placer la acompaña, sabe gozarlo. Pero no lo constituye en fin de sus esfuerzos. El placer más refinado del sabio consiste en su desinterés hacia el placer. En ello contrasta con su contrincante, el sabio epicúreo. Este se entrega al mundo de sensaciones que le proporcionan los sentidos, se echa en brazos de la fortuna y del azar y busca el placer como bien supremo y base de la vida feliz. Frente a él, el estoico prefiere vivir en el reino donde impera la razón y en el que, incluso, también existe un lugar para el placer que la virtud produce. El placer es considerado como cosa **indiferente** por el sabio. Y la cualificación moral de lo "indiferente" se hace tomando como criterio a la razón y a la virtud. Será rechazable aquello que perturbe el orden de la razón y de la naturaleza o imposibilite la vida virtuosa, desequilibrando el espíritu. La aceptación

del placer estará, por tanto, condicionada a su integración en el horizonte de racionalidad que el sabio instaura en su vida. El placer, el bienestar, o las riquezas se cualifican como aceptables o rechazables en función del uso que se haga de ellos. Es aquí donde radica la gran diferencia que separa al sabio del ignorante. Las riquezas del hombre sabio están al servicio de la razón, que es su señora. Las del necio, por el contrario, no sirven sino que esclavizan. Frente al bienestar que la fortuna depara, adopta una actitud de desprecio o, mejor, de justiprecio en cuanto que no rechaza su posesión sino que la ordena a fines conformes a razón. Y cuando el sabio se dedica a la política, a la familia o a la amistad, en ninguna de esas cosas ve objetos de placer sino campos para el ejercicio de la virtud.

El ensimismamiento del sabio al que aludimos más arriba y el alejamiento de la turba que Séneca aconseja, no significan segregación o desinterés hacia sus semejantes. El sabio es consciente de que se basta a sí mismo pero es también consecuente con la tendencia de la naturaleza, que le impulsa al trato social. Este, sin embargo, debe de ser selectivo. En efecto: la soledad es odiosa y antinatural. Existe una apetencia de compañía, que estimula la amistad. Esta permite compartir las alegrías y los gozos y soportar mejor las adversidades. Por eso, a pesar de la actitud distante hacia la masa, que Séneca recomienda, al sabio se le atribuye el deseo de tener amigos. Las razones que aconsejan la amistad entre los sabios son múltiples: para poder aunarse en la práctica de la virtud, para posibilitar el intercambio de sabiduría, para comunicarse recíprocamente los afectos, para ayudarse en las dificultades que depara la fortuna. La pérdida de los amigos no acongoja al sabio porque no está apegado a ellos y porque procura sustituirlos con acierto. Los amigos, en todo caso, forman parte de su ideal de vida. En la naturaleza se funda también, por otra parte, el sentimiento de solidaridad, que el sabio mantiene con todos los hombres. La naturaleza nos hace a todos iguales en obligaciones y en derechos. El sabio acepta el hecho, profesándose ciudadano del mundo, cosmopolita. Es un hecho de sumisión al orden reinante en el cosmos. Al orden y equilibrio del acontecer universal corresponde un orden y armonía en la convivencia social entre los hombres. Es un modo de compartir la comunidad en la naturaleza. El sabio, consciente de ello, no vive feliz cerrado egoísticamente sobre sí mismo. Su ensimismamiento está puesto al servicio de un mejor servicio a los demás, al permitirle producir virtud y verdad. Es la manera peculiar cómo el sabio practica la amistad y la solidaridad.

Las épocas de desconcierto y de crisis como la vivida por Séneca exigen ejemplos orientadores para perplejos. A esa necesidad responde el **magisterio moral** del sabio. El común de los hombres precisa modelos de vida que los empuje hacia la perfección moral. Es función que el sabio desempeña. La descripción de la perfección del mismo al uso, en cuanto ejemplo a imitar, recuerda la conocida idea platónica del bien a la que toda cosa quiere acercarse. El **magisterio moral** que el sabio ejerce sobre sus conciudadanos se realiza tanto a través de su doctrina como de su conducta. La sabiduría que transmite, no obstante, más que mera erudición, es un talante y un estilo éticos. Se trata de educar a quienes carecen de razón, de virtud y de libertad. El sabio, al practicar éstas en su conducta, adquiere amplio valor social en cuanto orientador de comportamientos. Del **magisterio moral** del sabio forman parte las facetas siguientes: el amor, la comprensión hacia los defectos de los demás, la clemencia, en donde se refleja la grandeza de espíritu del sabio y, ante todo, la ejemplaridad de la virtud que el sabio practica. Del amor y de la clemencia deriva el control sobre la ira, provocada por injurias injustamente recibidas. Del **magisterio moral**

forma parte también el trato amistoso con los discípulos y del que Séneca da testimonio mediante sus relaciones con Lucilio. Séneca le presenta su propio magisterio moral no sólo a través de las exhortaciones que llenan buena parte de sus cartas sino con una defensa ininterrumpida de la persona, de su interioridad y de su libertad. Séneca es consciente de la responsabilidad que el sabio ha de asumir y lo repite: *"tengo que ayudar a los hombres, ¿qué me importa que sean esclavos o libres, libertos o ingenuos? Donde hay un hombre hay lugar para hacer un beneficio"*.

